

El debate es la esencia de la democracia



Heriberto Valverde Castro

Sí hay posibilidad de debatir acerca del TLC. Sí hay posibilidad de que la gente, los ciudadanos, puedan escuchar argumentos serios a favor y en contra del tratado. Sí existe la posibilidad de que los electores tengan acceso a información válida, a debates serios, a la confrontación de ideas respecto de un asunto que, como el TLC, será sometido a escrutinio en el referéndum convocado por el TSE para el próximo 7 de octubre.

Todo esto es posible cuando se garantiza la participación seria de representantes del sí y del no, cuando se procura de verdad el balance entre una y otra posición, cuando el público que asiste al debate lo hace con un afán de informarse, respetuosamente, cuando quienes participan en el debate



representando las alternativas del apoyo y el rechazo al TLC lo hacen llenos de convicción y hasta de apasionamiento, pero con respeto, con fe en lo que defienden, pero con apertura, con seguridad de estar en lo correcto, pero con tolerancia hacia el pensamiento diferente.

Hace unos días tuve el honor de servir como moderador en un debate sobre el TLC organizado por la Universidad Interamericana en su campus de Heredia, con el auspicio del Colegio de Periodistas. Participaron el ministro de Comercio Exterior, don Marco Vinicio Ruiz, y el historiador y profesor universitario don Luis Guillermo Solís; el primero abogaba por la aprobación del tratado, el segundo por su rechazo. Una audiencia numerosa, numerosísima, abarrotó el auditorio: estudiantes, profesores y particulares interesados en el tema. Escuchas respetuosos, atentos, asintiendo o rechazando con gestos las diferentes ideas que iban planteando con claridad magistral los expositores.

Fue un acto cívico, un acto académico, un acto político en el mejor sentido del término, aquel en el que los ciudadanos se reúnen para informarse acerca de un asunto sobre el cual serán consultados mediante el voto. No hubo pancartas, ni arengas, ni gritos, menos aun ofensas o descalificaciones. No fue un acto convocado para la autorefe-

rencia, ni para adoctrinar, ni para reafirmar verdades absolutas, anular el sentido crítico, ahogar la tolerancia, reforzar prejuicios o conducir a acciones gregarias e inconscientes.

No hubo mentiras ni tampoco desmentidos; no se echó mano al histrionismo ni a las falacias, ni al autoritarismo, ni a la argumentación truculenta; no se cayó en la demagogia ni en poses patrioterías; por el contrario, del respeto y la consideración se pasó incluso al reconocimiento del otro, de la persona y de sus ideas y convicciones. La humildad fue protagonista, la arrogancia no apareció en escena.

Se brindó información, mucha información, toda teñida de elementos políticos y marcada por principios ideológicos expuestos con transparencia; hubo planteamientos encontrados y afirmaciones rebatidas; aclaraciones, preguntas y respuestas. Prevaleció siempre la fuerza de la razón y no la razón de la fuerza. Y al final la cosecha: nuevos saberes, muchas inquietudes, dudas saludables y algunas certezas, y una sensación de democracia fortalecida, de esperanza creciente, de renovado compromiso ciudadano.

Gracias a quienes hicieron posible esta clase de civismo, y de manera especial a don Luis Guillermo y a don Marco Vinicio.